

Cirugía y Cirujanos

Volumen 73
Volume

Número 1
Number

Enero-Febrero 2005
January-February

Artículo:

In memoriam. Académico Emérito y
Doctor Horacio Martínez Romero

Derechos reservados, Copyright © 2005:
Academia Mexicana de Cirugía

Otras secciones de
este sitio:

- ☞ Índice de este número
- ☞ Más revistas
- ☞ Búsqueda

*Others sections in
this web site:*

- ☞ *Contents of this number*
- ☞ *More journals*
- ☞ *Search*



Medigraphic.com

In memoriam. **Académico Emérito y Doctor Horacio Martínez Romero**

Acad. Dr. Antonio López-Bermúdez*

Horacio Martínez Romero, el hombre cabal, el médico humanista, el poeta soñador, el Académico Emérito, el padre amoroso, el hijo respetuoso y el esposo amante, sabía que la vida tiene un amanecer. El suyo fue el 18 de septiembre de 1918, un sol esplendoroso para un atardecer con un ocaso maravilloso que disfrutó a plenitud en Holbox —con sus milenarias cacerolitas de mar—, acompañado por hermosos flamingos y una noche eterna con una estela de recuerdos que dejó una vida de gran responsabilidad.

Hacho:

Recordemos nuestra pelea del invierno de 1936 cuando nos conocimos en la ventanilla de doña Tina Rico, donde nos disputamos entrar primero a la Escuela Nacional Preparatoria, nuestro frente común contra las huestes de Paco Higuera y el *Pistolo* Torres, capitaneadas por el inefable *Negro* Moreno Islas, que más tarde serían nuestros grandes amigos. Y los versos y los “gallos” a media docena de hermosas compañeras, que siempre terminaban al amanecer en los caldos de “indianilla”. ¿Te acuerdas de los viajes a Chilpancingo, fin de un camino de lodo y terracería que venía de Mezcala y México para llegar a Acapulco, a donde arribábamos en el “muelle de oro”—un arrogante Buick 32 negro de mi general Martínez Guevara, tu padre— para llegar y seguir cantando a las más hermosas guerrerenses, en las noches aterciopeladas y bajo miles de estrellas?

Tu servicio social de médico te llevó a vivir a San Luis de la Loma, entre el tronar de las “parabelum” y las plumas de los gallos de pelea.

Yo me quedé en Zumpango del Río para estar más cerca de la capital guerrerense, en donde los abuelos de todos los nativos habían sembrado la “pochotona” de catedral, donde hay una estatua de Nicolás Bravo que mi suegro, el general Terrones Benítez, hizo hablar; decía que en Chilpancingo sólo

había tres cosas bonitas: la pochotona de la iglesia, las hijas del doctor Silva y la estatua de Nicolás Bravo que señala el camino para largarse. Y ahí dejaste tus trovas, junto a la sanmarqueña del profesor Agustín Ramírez y la guitarra del doctor Arturo Neri, donde todavía vibra el eco en la vieja casona de tu juventud, ahora la Universidad Autónoma de Guerrero. Siempre acompañado por tus hermanos Humberto —suntuoso diplomático y jugador universitario de básquetbol nacional— y Héctor —industrial triunfante, entonces encargado de los pleitos— y, por supuesto, yo, Jorge Soberón y Beto Berber, a veces.

En prepa formamos “la familia cadena”, encadenados por la amistad y protegidos por las bendiciones de tu santa madre, doña Jose. Unos te esperan en el cielo, a otros nos recibirás tú, pero volveremos a reunirnos y estaremos ahí Ángel Kuri Sacre, Antonio López Bermúdez, Juan López Humarán, Horacio Martínez Romero, José Luis Rodríguez Caballero, Nacho Rodríguez Caballero y René Tamez Cueto; y volveremos a jugar “chamelo”, a ayudarnos a estudiar medicina y a tomar sincronizados en Tlalnepantla, todos médicos. Llegamos a la Facultad Nacional de Medicina en 1939 y la despedimos en 1946 con nuestro título de médico cirujano y partero alcanzado entre sinsabores, pero con éxito; en donde lucíamos orgullosos el pequeño *recetario* que nos regalaba la Casa “Mario Padilla” en cuanto aprobábamos anatomía y nos obligaba a presentarnos peinados, arreglada la corbata, a pronunciar solemnemente “este soy yo y estoy a sus órdenes”.

Recordarás que al llegar al tercer año con los maestros Rojo Gómez, *Chinto* Sánchez, Álvarez Amézquita, Aceves Zubieta y el *Tigre* Zamudio, entre los que más recordamos porque los cazábamos cuando salían, y nosotros a “operar a sus enfermos”. Si no había, a gozar de nuestras noches bohemias en el anfiteatro de la hermosa y vieja casona que es el Hospital Juárez, por supuesto sin el beneplácito de las “mayoras” pero con la complacencia del querido maestro doctor Gustavo Gómez Azcárate, director del hospital. Y ahí fuimos sus primeros residentes, nueve fundadores de los que recuerdo a ti, Horacio, y a David Contreras (*el Capi*), a Jorge Chamlati Maldonado, a Renaldo Guzmán Orozco y a Carlos Sáenz Domínguez (*el Che*).

Creo que ya puedo platicar cómo nació tu vocación por la neurocirugía que dominaste con tanto éxito y donde alcan-

*Académico Emérito de la Academia Mexicana de Cirugía

Solicitud de sobretiros:

Acad. Dr. Antonio López-Bermúdez,
Primera Cerrada Pedro de Alvarado 33,
Col. Lomas de Cortés,
62240 Cuernavaca, Morelos

zaste sin prepotencia el *Magister dixi*, en tus primeros pasos con el Académico Doctor Daniel González, y después con tu residencia en Cincinnati, Ohio.

Pero volvamos a la anécdota, era el invierno de 1939, cuando temprano llega la noche, y Horacio y yo acostumbrábamos repasar durante una semana antes el examen más difícil, casi de día y de noche; en el primer año de medicina estudiamos el *Tratado de anatomía humana* de Testud y La Tarjet —en sus cuatro tomos laureados en 1902 por la Academia de Medicina de París—, con nuestro querido maestro y amigo el doctor Enrique Acosta Vidrio. Esa tarde le insistí a Horacio hasta la necesidad para que no estudiáramos el último tema: circunvoluciones cerebrales, porque ya estábamos muy cansados y además podíamos llegar tarde. Llegamos al ahora Palacio de la Medicina y llamaron a Horacio, quien sacó su bolita; el tema fue circunvoluciones cerebrales. No sabía donde meterme... pero la calificación de Horacio fue de 5.99, alcanzada así por la escrupulosa exigencia del *Charro Camacho* y... Horacio reprobado y a extraordinario. Ya no lo esperé.

Usaré la locución latina *vedi napolí, e poi muori* en una nueva versión: fuiste de México a la eternidad y desde ahí por un agujerito ves el reino de la neurociencia, donde triunfaste

y te envidiamos, con envidia de la buena, porque ahí, a las puertas del cielo, estará tu santa madre doña Jose, esperándote para acogerte en su regazo, y tu padre, mi general Martínez Guevara, para guiarte por los caminos del cielo. Te le adelantaste a Melu para preparar los cuidados de tu pródigo amor y te vas satisfecho de dejar a tus hijos triunfadores.

Nosotros, tus mortales amigos y tus compañeros de la Academia Mexicana de Cirugía, no te decimos adiós sino hasta pronto con tu verso favorito:

He muerto tantas veces frente a un enfermo que muere.

Me ha colocado mi sino a vivir junto a la muerte,

a contemplar el camino de la vida que se escapa
sin que mi mano y mi mente, que son diestras en la lucha, puedan
cambiar el destino.

He sentido muchas veces ante los cuerpos abiertos,
por la enfermedad vencidos, esclavos de la anestesia,
que yo tengo entre mis manos extraño poder sublime.

En mi acierto está la vida, en mi error, tal vez la muerte.
Mas cuando acertado sientes que es mentira que yo pueda
tocar designios divinos... Sacar vida donde hay muerte,
lloro amargo inconsuelo... Buscan mis ojos el cielo...
y el alma se me envilece... En un incendio de envidia.

Horacio, descansa en paz... Eternamente.

